Ofrece, no es aquel en que solia
Hacer los sacrificios, ignorando
A quien los holocaustos se ofrecian.
Hallóse el Dios, que fué tan inquirido
Por Platon: la excelencia y maravillas
De tan gran nombre, en el Areopago
Resonáron. Los Galos, á sus Druidas
(34) (Que á sus Dioses indignos los honores
Mas torpes é inhumanos ofrecian)
Detestáron, sabiendo que los Cielos
Mas compasivos, nunca su justicia
Aplacar intentáron con la sangre
De un infeliz, y que quando se humilla
Arrepentido un corazon, delante
De un Dios santo, le admite su infinita
Piedad, como una víctima preciosa.
(35) Tus Mártires ilustres te eternizan,
Opulenta Ciudad, gloria y adorno
De los parages, en que con delicia
El Saona se pasea quietamente,
Llegando con disgusto á las orillas
Del Rhon, que se le lleva con violencia.
Tú, á quien el Sena abraza y acaricia,

Pa-

Pagándole despues con admitirle
En tu vasto contorno, Ciudad rica
Y mas afortunada que otra alguna,
En tu seno la fé naciente abrigas,
La fé, que tus Monarcas venideros
Llegarán á mirar triunfante un dia.
En vosotros, á quienes del Danubio
Y del Rhin las corrientes bañan, brillan
Tambien las luces de este Divino Astro;
Vosotros, que bebeis las cristalinas
Aguas del rio Tajo caudaloso;
Vosotros, que vivís en las guaridas
Ocultas de los bosques, donde apénas
La clara luz del sol algo ilumina;
Y vosotros, en fin, que divididos
Del resto de los hombres, solo os libran
Del furor vencedor de los Romanos
Mares dilatadísimos, que privan
A su águila ambiciosa de la gloria
De no poder volar á la conquista;
A la fé victoriosa estoy mirando
Aun en vuestros lejános toscos climas.
(36) Al nombre grande, que los dos extremos

Ha

Ha corrido del mundo, las rodillas
Doblan, quantos humanos se contienen
Desde el Indo hasta el Támesis. La insignia
(37) De la cruz lo ha vencido todo. Esclama
La Iglesia: ¡*Cómo he dado yo la vida*
(38) *A tan felices númerosos hijos*!
Se muestra su explendor en las orillas
Del Tiber: De su Reyno sacrosanto
La grandeza elevada, allí se mira;
Y en Roma establecido está su trono,
Trono de duracion, que no codician
Los ambiciosos: veo en sus sangrientas
Gradas solo cadáveres; subian
Por ellas con entera certidumbre
De baxar al tormento por las mismas.
En aquel tiempo en que la fé guiaba
A su rebaño amado á las fatigas
Mortales de un suplicio, los Pastores
Esperaban mayores agonías.
¡Tal fué el honor de los primeros puestos,
Que los Christianos tanto apetecian!
¡Horroroso expectáculo á mis ojos
Se presenta! ¡Qué injustas é inauditas

Atro-

Atrocidades el furor inventa!
(39) Cuerpos de pez cubiertos y resinas
Arden en lugar de hachas: lentamente,
Despedazados, quedan divididas
Sus carnes. En los bárbaros terribles
Juegos (de la mayor carnicería
Vil deplorable teatro), á los leones
Y tigres ferocísimos irritan
La rabia. ¡Quántos fuegos! ¡Quántas cruces!
¡Quántos cadahalsos puestos á la vista!
¡Quántos verdugos ya de herir cansados!
¡Quánta espada embotada! A sus Provincias
Un Príncipe justísimo contenta
Con derramar la sangre aborrecida
De los Christianos, siendo únicamente
Feroz para con ellos. Aun la misma
Persona de Trajano se les vuelve
En Nerón. Si Christianos se apellidan
Son, como delinqüentes, condenados.
(40) Ellos mismos la muerte se destinan,
Y corren desalados al suplicio.
Los mas largos dolores, sus delicias
Mayores son: regalos lisonjeros

Les parecen las ansias y fatigas,
Que los Tiranos padecer les hacen.
¿Quién inspirarles puede hácia la vida
Tal desprecio y tal ódio? Yo confieso
Que algunas veces pudo, la manía
De eternizar el nombre, haber ahogado
Amor tan natural. (41) Quando en activas
Llamas quiso un Filósofo quemarse
Con cinica soberbia, no otras miras
Llevó que las de hacerse mas famoso.
(42) Pero esta inmensa tropa de afligidas
Mugeres y de niños, que destrozan
Los Romanos, y el Persa martiriza;
Tantos hombres, en fin, de cuyos nombres
No ha quedado memoria, ¿dirigian
Sus pasos á la muerte con la idea
De procurarse fama esclarecida?

Ten compasion, diranme, de los ciegos
Errores de los hombres: la mentira
Tiene tambien sus Mártires: el Bonzo
Ofrece locamente á sus fingidas
Deidades los pedazos de los cuerpos
Que él mismo ha destrozado. La afligida
Viu-

Viuda, sin vacilar, (43) siguiendo el uso
Tan antiguo y tan cruel, se precipita
A las voraces llamas, por unirse
Con un esposo, á quien aborrecia
Quizá. La misma ley se observa ahora
En un pueblo insensato. ¡Son bien dignas
Tales extravagancias, leyes tales
De ser lloradas! ¡Ah! ¡Quántas desdichas
La Religion fomenta entre los hombres!

Pero de estos mortales, que autoriza
El mismo Dios, hablemos con respeto,
(44) Pues los Cielos les colman con sus dichas
Y dones soberanos; y los Cielos
Nunca favoreciéron las mentiras
Ni errores. Al espíritu del ódio
A ese Tirano que hace su alegria
De nuestros males y despecho, arrojan
Con la mayor violencia y exterminan.
A la voz del Christiano, abandonando
Su presa, (45) de los cuerpos que afligia
Precipitado y consternado se huye.
Pierde su trono, en fin, pierde su silla
El Príncipe fatal de los engaños.

Sin

Sin destreza, sin gloria ni fatiga
El imperio usurpó, quando los hombres
Con el furor de creer, se persuadian,
Sin que fuese preciso emplear el arte
Para que su razon, con ignominia
De ella propia, cediese sin exâmen
Al mas vil impostor, que seducirla
Intentaba. (46) Pasáron, finalmente,
Tiempos tan infelices: convencida
Grecia, fué la primera, que, á lo ménos,
Abrió á la luz camino. La investigan:
Platon con sus escritos tan famosos
De errores vergonzosos les inspira
El menosprecio. Célebres escuelas
Llenas de sus lecciones, ya disipan
Las espesas tinieblas de la infancia
Del mundo. Reverencia se concilia
El Filósofo grave en todas partes;
Y aun muchas veces en la Corte misma
Se vé honrado. Su crédito perdernos
Puede, y á conseguirlo así conspiran
Sus ódios; pero en vano armar pretende
A Porphiro y á Celso esta enemiga

Pa-

Pasion. ¿Qué han de poder esas injurias
Con que tan cruelmente nos denigran?
Mayores golpes era necesario
Darnos, profundizando las noticias
De unos hechos recientes, y sobre ellos
Destruir nuestras historias. Pero evita
Siempre un formal combate el que no sabe
(47) Si no satirizar con fruslerías.
De enemigos traidores al Estado
Tachan á los Christianos: la malicia
Imputa los delitos mas horrendos
A aquellos que profesan la doctrina,
Que solamente pudo haber tenido
Su orígen en el Cielo. De la misma
Manera que son puras sus costumbres,
Todo es puro en su ley. Ellos publican
Que deben ser los Reyes respetados,
Y que aun á los Nerones es debida
La obediencia. „*De Dios*, nos dicen, *viene*
„*Todo poder*: El Príncipe, que es viva
„Imagen suya, tiene encomendada
„Del Señor de los Cielos la Justicia.
„Obedeced vasallos“: es un crimen

 El

El murmurar. En vano se amotinan
Contra un poder legítimo, aunque duro,
Muchos pueblos: de fieles se acreditan
A los Césares siempre los Christianos.

¿Tienen, acaso, un alma tan sumisa
Por flaqueza? Me admira lo terrible
De su poder. Agítase y se humilla
Delante de ellos la naturaleza.
¡Grandes é inumerables maravillas!
¡Quántos pobres y tristes moribundos
Halláron su salud restituida
Instantáneamente! ¡Quántos muertos
Llamados del sepulcro resucitan!
Quando el calor de un sol ardiente abrasa
(48) A dos campos contrarios (que se miran
Morir, á impulsos de una sed rabiosa)
Perece el uno á manos de las iras
Del enojado Cielo, que con rayos
Le confunde, le aterra, y le intimida;
Y miéntras con sus fuegos hace que huyan
Los Germános, consuela y vivifica
Con un torrente fresco y saludable
A los Romanos, que de sed morian:

Me-

Medio muerto el soldado, juntamente
Consigue la victoria con la vida:
El Príncipe respeta á los Autores
De semejante beneficio, y grita
El pueblo obstinadísimo contra ellos
Llamándoles con necia vil porfia
Encantadores. ¡O Divino encanto
Que mandas en las nubes, y suavizas
Las penas de los unos, quando agravas
Las ansias que á los otros mortifican!

¡Admirable prodigio! Un instrumento
De horror, la cruz en fin, que se tenia
Por el mayor baldon, ya como adorno
Un grande Emperador sobre su misma
Frente coloca: triunfa Constantino
Y hace tambien que triunfe aquella insignia
(49) Luminosa, pronostico dichoso
De su victoria. Vénse ya vacías
Las Pagodes y Templos, en que viven
Los Sacerdotes solos, su desdicha
Y general descredito sintiendo,
Abandonado el incensario, en vista
De que yacen sus Dioses despreciados

Y sin séquito alguno: al fin, olvidan
Los altares, desnudos de los dones
Y abundantes ofrendas, que solian
En otros tiempos adornar sus aras:
Delphos, que á las preguntas respondia
Con tanta prontitud, vióse sujeto
A las leyes tristísimas, que obligan
A un silencio profundo y vergonzoso
A todos los oráculos. La viva
Voz, que de las Deidades resonaba,
(50) Con la de Apolo, fuéron extinguidas.
De los Mártires Santos al sepulcro
(51) Los Reyes y los pueblos acudian
V rdaderos oráculos buscando.
A un mortal imploraban, cuya vida
Quitáron entre afrentas y tormentos,
Y al Dios, á quien hincáron las rodillas,
Con menosprecio vil despedazáron.
(52) A este torrente vencedor, que aspira
A llevárselo todo, largo tiempo
Se opuso Roma, defendiendo altiva
La causa de su Júpiter: contra ella
Tiempo es ya de que tengan la precisa

Ven-

Venganza los Christianos: Dios eterno,
De la sangre te acuerda que vertida
Por tí tienen tus hijos: los absurdos
Que la bárbara ciega idolatría
Cometió contra tí vengar procura:
Pídela cuenta de sus injusticias.
O Dios de los exércitos, ya tienes
Tus vengadores prontos: la ruina
De Roma se execute, y compañera
De Babilonia, y de tu mas querida
Ciudad infiel, en el estrago sea.
Este mismo Dios es quien á sus miras
Soberanas los pasos vá guiando
De los humanos ciegos. Quando ricas
Populosas Ciudades se someten
Al vencedor: quando la gran caida
De los Imperios, el terror y el pasmo
Al resto de la tierra comunica;
¿Qué podrá ser? ¿Qué son estos mortales
A quienes nuestro ciego error admira?
Los Ministros de un Dios, que á los culpados,
Por su divina voluntad castigan,
Como instrumentos viles de su enojo.

Qué

(53) ¿Qué pretenden Alarico y Atila?
¿A dónde vá Genserico? Odoacre
¿Qué es lo que emprende? Se arman y se alistan,
Sin saberlo ellos mismos, para darle
Auxílio con sus armas á las iras
De quien los llama sucesivamente
Desde el Norte: las muertes y ruinas
Preceden á sus fuertes batallones,
Y á su bárbara furia Roma antigua
Entregada se vé: pero, no obstante,
Otra hermosa Ciudad de sus cenizas
Renacerá, y á la moderna Roma
Será toda la tierra sometida.
Veo á esta Roma, donde venerables
Augustos viejos llenos de doctrina,
(Forzosos herederos de un Apóstol,
Vencedores de la Soberanía
De los Césares, Reyes ellos mismos
Sin exército alguno, y sin reñidas
Guerras Conquistadores) á su triple
Corona sujetáron la extendida
Superficie del globo. No es el hierro
Apoyo de su vasta Monarquía:

Ja-

Jamás se vé su Trono circundado
De tropas: el respeto se concilian
Por su espada invisible y por sus llaves.
Sentado un Sacerdote con tranquíla
Apacibilidad, y autorizando
Las leyes acertadas que nos dicta
Por el Anillo del Pescador, cuenta
Como hijos tales suyos y familia
A nuestros Soberanos, que sumisos
Con humilde respeto lo acreditan.
¡Oxalá que con ellos tenga siempre
Las entrañas de un padre compasivas!
Si de una Religion (tan prodigiosa
En rápidos progresos y conquistas)
Intentára notar quantos sucesos
La señaláron hasta nuestros dias;
Si numerar quisiese quantos Reyes
Se humilláron á ella; y si el seguirla
De unos triunfos en otros emprendiera;
¡Qué vastísimo campo se me abria!
¡Qué narracion tan noble y tan gloriosa!
¿Pero qué podré yo á quien tenga vista
Referirle de nuevo? Cubre el árbol

La

La tierra, y con sus ramas ameniza
Quantos terrenos con ardientes rayos
El sol calienta, nutre y vivifica.
Desde oriente á poniente, adoraciones
Se tributan á aquel, que entre fatigas
En una Cruz murió, y hácia sí atraxo
A todos los vivientes. Si en los dias,
Que se dignó este Dios entre nosotros
Vivir, le hubiera yo desde la orilla
Del Jordan (54) al Tabor acompañado,
¿Mejor, acaso, le conoceria?
No, porque resplandece mas ahora
Su Gloria, su Poder y su Justicia.
A Elías y á Moysés veo á su lado:
Los Profetas le anuncian: le publíca
La Ley: se levantáron ya del sueño
(55) Sus Apóstoles ¡Quántas maravillas,
Como nuevos testigos, me producen
Al despertar! Muriendo le acreditan
Con verdad á su Maestro, quanto le aman.
El mismo que miro es; mas necesita
Oirle mi corazon: aquellas voces
De la sangre preciosa, que vertida

Fué

Fué por amor; repiten á mis oidos
La voz que el Cielo dió (quando la cima
Del Tabor alumbró con resplandores)
De *este es mi muy amado Hijo*: en vista
De tal verdad, oigamos y creamos.
„Es demasiado duro, muchos gritan,
„Ese yugo tan cruel, que nos impone:
„Sus dogmas son obscuros, é intimida
„Su terrible moral: á nuestras almas
„Y corazones con rigor cautiva."
Justamente contra ellos irritado,
Pretendo rechazar tal injusticia.
No es tiempo de que acabe mi carrera:
Con ardor persigamos al Deista
En sus máxîmas varias. ¿Hay asunto
Mas digno por sí mismo, y que mas pida
La elegante harmonía de los versos?

NO-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U.A.N.L.